

Comentario del libro *Metáforas del poder*, de José M. González García

(Madrid, editorial Alianza, 1998, 250 págs.)

Susana Raquel Barbosa

Universidad de Belgrano, Argentina

La idea de metáfora, se sabe, no sólo es histórica y por ello plurisémica; también es polémica. Como resorte articulador del texto, la metáfora se delimita aquí no en el sentido de que involucra la figura retórica de que hace uso el discurso político para embellecer lo que se dice (uso “ornamental”); tampoco en el sentido de la palabra del poder, palabra que metaforiza con el fin de enfatizar su efecto persuasivo (uso “evocativo”). La significación de la metáfora trasciende estos usos posibles y se extiende allende toda instrumentalidad, hacia una región “constitutiva” del lenguaje mismo, del pensamiento y de la acción política. Instalado en este orden *pre*, José González García se propone superar la visión del lego, cuya convicción acerca de la accesoriedad de lo metafórico vuelve estrecha la captación de sus posibilidades.

El enunciado metafórico no es sustituible, y ello porque el discurso científico-social no sólo hace uso de metáforas, sino porque la base de la conceptualización misma de la realidad social, tanto como la constitución del lenguaje que la expresa, son metafóricos. Para el autor, ello puede demostrarse con el ejercicio de suspender de la historia del pensamiento político el contenido expresado en estructuras metafóricas: allende las máquinas y los organismos, los cuerpos políticos, los leviatanes y naves del estado, no queda nada. Recuerda el autor que fue Aristóteles, quien estableciera en su *Poética* la demarcación clásica de la metáfora como “traslación de nombres”. Creo que tampoco podemos obviar al Nietzsche de *Verdad y mentira en sentido extramoral*, para quien la verdad misma es un “tropel de metáforas” cuya fuerza ha ido desapareciendo con el uso. Desde Aristóteles hasta Nietzsche entonces, la metáfora es un elemento fundamental del lenguaje pero también del pensamiento y de la acción.

Desde esta categoría axial, el libro transita los textos de la filosofía política para descifrar, hermenéuticamente, lo que las metáforas puedan revelar tanto como lo que puedan ocultar. Y ello porque “la metáfora une razón e ima-

ginación, es racionalmente imaginativa, nos hace comprender unos argumentos recurriendo a otros o estableciendo imágenes que nos conectan con todo un mundo –el de los símbolos, emblemas, representación iconográfica” (pág. 18). Niveles de análisis diferenciados se visualizan desde el horizonte constitutivo de la metáfora. El primer nivel es el de formación de los conceptos políticos, conceptos de origen metafórico. El tránsito de la metáfora al concepto –de las “metáforas vivas” a las “metáforas muertas”– designa el proceso abstractivo por el que se olvida la metáfora originaria. Este primer nivel de análisis se aproxima a la interpretación de Nietzsche que ya enunciáramos. Un segundo nivel analítico permite introducir una nueva división entre metáforas explicativas y estructurales. Mientras las primeras ejemplifican o aclaran pasajes textuales y ocupan por tanto un lugar marginal, las segundas, al jugar un papel relevante en la constitución misma del texto, superan las formas expresivas y se posicionan centralmente en el pensamiento y en el proceso que lo conforma.

La originalidad de un método interpretativo construido en función de metáforas radica en su apertura a la “interpenetración de tradiciones” en el sentido de que el origen de las metáforas del pensamiento político es la literatura, la filosofía o la sociología, y marca también un recorrido por la iconografía. En este sentido, “las metáforas sirven como punto de contacto entre diversas tradiciones artísticas, filosóficas, literarias y políticas que constituyen el humus central de nuestro pensamiento” (pág. 21). El texto despliega en coordenadas histórico-sistemáticas tanto la aplicación del método explicitado como la interpenetración de tradiciones, desde la era del Barroco cuando se plantea la relación retórica-política y un uso polémico de las metáforas en ciencia, hasta nuestros días. El análisis del *theatrum mundi* se prolonga abarcando el apogeo de la era liberal y su crisis, hasta la determinación que la implosión mediática opera sobre el escenario del poder, pasando por el análisis del discurso político del siglo XVIII, ejemplificado en la figura de Kant.

De la mano de la distinción benjaminiana que separa el barroco de la palabra de un barroco de la imagen, el autor se detiene en la alegoría hobbesiana del estado absolutista, creación basada, curiosamente, en conceptos científicos bien demarcados y no en imágenes. Hobbes constituye la encrucijada en la que el barroco de la palabra se separa del barroco de la alegoría, mientras que Saavedra Fajardo es el caso opuesto, desde una intención articuladora de imagen y palabra, de plástica y discurso.

Las metáforas orgánicas, que se constituyen en la trasposición de fenómenos naturales al análisis de la sociedad, han sido recurrentes y han nacido al abrigo de la contraposición *physis-nomos*. Desde los sofistas hasta Maquiavelo pasando por Aristóteles, estos elementos resultaron el instrumento preciso de los

pensadores políticos para explicar, ya las instituciones sociales en términos naturales, ya la conducta del príncipe siendo a la vez la de un hombre que cumple la ley y la de la bestia que usa la violencia, y para explicar también los órganos del Estado como extensión de los órganos corporales del gobernante. Dentro de este tipo de metáforas, la de la ciudad-Estado como cuerpo humano y su “correspondiente homología entre lo colectivo y lo individual parece ser una constante del pensamiento conservador desde Platón y Aristóteles hasta nuestros días”, pasando desde luego por Hegel (pág. 79). “En esta conceptualización orgánica subyace una idea de la supremacía del organismo político colectivo sobre los miembros individuales”.

Según González García, el discurso metafórico es constitutivamente importante para la comprensión del discurso político, y esa importancia la enfatiza con la proposición “las metáforas también votan”. Desde la fuerza de este enunciado, el autor apunta a ilustrar la necesidad de las metáforas para comprender el modo de funcionamiento efectivo de la vida política en la sociedad democrática actual. Su instrumentación en el discurso político ilumina los procesos decisores que orientan la acción colectiva. Y ello porque el lazo entre el lenguaje, el pensamiento y la acción se imbrican a partir de la “capacidad humana de metaforizar”. Porque no se trata solamente del reconocimiento de las metáforas en nuestro lenguaje, sino de su presencia en la estructura del pensamiento y en la de nuestra capacidad conceptualizadora de la realidad política.

El *theatrum mundi*, el encubrimiento, las máscaras del yo, la idea de identidad –individual y comunitaria– son un antiguo tópico de la filosofía desde la antigüedad hasta Descartes y la Ilustración, sin olvidar a Bacon. La idea de historia como teatro o como “drama de pasiones” es una constante del idealismo alemán; asimismo, la idea de máscaras del individuo o la sociedad y la necesidad de quitarlas o colocarlas, une a los “maestros de la sospecha”. En cada uno de estos casos, las metáforas del teatro cumplen un rol explicativo o yacen en la base misma de la constitución de cada teoría. Este apartado, sin duda uno de los más ricos, se desenvuelve desde la representación teatral del poder, característica de la sociedad cortesana renacentista y barroca hasta el “poder de la imagen” que tipifica la era actual, y también se detiene en el “poder de la palabra” de la época burguesa. Los textos de Calderón y Vélez de Guevara, de Goethe y Galdós, de Musil y von Hofmannsthal, saturados de vida y de expresión, se desplazan desde la prosa poética y la imaginación literaria hasta los núcleos temáticos del lenguaje de la filosofía política –Séneca, Epícteto, Hobbes, Lutero, Schumpeter, Weber–. En este cruzamiento, el autor estiliza la interpenetración de ciencia y literatura, de geometría y ficción, logrando el derribo de toda frontera susceptible de aislar los diversos campos. José González

García no hace de la literatura un mero elemento agregable a la ciencia social, sino que persigue obstinadamente huellas que en el discurso político sean indiciarias de lo literario. El producto resultante de este ejercicio es quizá lo contrario del intento luckacsiano y hauseriano –“sociología de la literatura”–, y en esto radica el aporte enriquecedor de su método y de su aplicación.

Las relaciones de la política con la ética se pueden profundizar desde el lenguaje metafórico que usa Kant en *Hacia la paz perpetua*; allí plantea la necesidad de superar la incomunicación entre la ética y la política mediante la primacía de la primera sobre la segunda, o la primacía de la sabiduría moral sobre el arte de la política, del *político moral* sobre el *moralista político*. El opúsculo kantiano se inicia con la metáfora de la paz perpetua de los cementerios y se desarrolla a través de un lenguaje bíblico que se expresa en abundantes símbolos. Mientras la política aconseja “sed astutos como la serpiente”, la moral restringe “y sin engaño como las palomas”. La moral debe des-conflictuar su relación con la política; la paloma debe sortear la astucia de la serpiente (pp. 179-196).

De modo análogo, Max Weber usa un lenguaje metafórico para referirse a la política como pacto con el diablo, pacto que sintetiza el legado del *Fausto* goetheano. La religión y la política son los campos en conflicto por la difícil relación entre el bien y el mal. La política involucra la generación de males que puedan desprenderse del bien, mientras la religión se refiere al problema de la teodicea, pensamiento que aspira a justificar racionalmente la bondad divina pese a la existencia del mal mundano.

Ante el problema de la relación entre literatura y ciencia social, González García sintetiza su posición con una expresión económica (tan cara sin embargo a Goethe), la de “afinidades electivas” (*Wahlverwandtschaften*). Expresión que también usa Max Weber para ilustrar la mutua referencialidad entre la idea y la realidad social o entre las distintas esferas culturales, reformulando así la problemática de la monocausalidad tradicional, estérilmente polarizada en explicaciones materialistas o idealistas.

Con esta legitimación de mutuo desplazamiento de lo literario a lo sociológico, González García retoma una preocupación que ya desbrozara en sus investigaciones anteriores (*La máquina burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka; Las huellas de Fausto. La herencia de Goethe en la sociología de Max Weber*) y concreta así la inter-penetración de ambos intereses para ofrecer este método de búsqueda en el discurso metafórico de la política de toda huella indiciaria de lo literario.